

## DEL HUMILLADO IMPERIO A LA PUJANTE CHINA POPULAR

Cuando en marzo de 1838 las autoridades chinas del puerto de Cantón decomisaron más de 20.000 cajones de opio procedente de la India y los mandaron arrojar al mar, no podían sospechar que la medida adoptada para salvaguardar la salud física y moral de sus conciudadanos<sup>1</sup> había de provocar una serie de reacciones concadenadas, cada una de las cuales infligiría honda y gran humillación al inmensamente orgulloso Celeste Imperio. La reacción del representante de Su Majestad británica, Mr. Elliot, por lo pronto, fue rápida y tan peregrina, que asombra: exigió una indemnización por la pérdida de la mercancía con que los comerciantes de su país estaban envenenando a China<sup>2</sup>. Naturalmente, las autoridades chinas no accedieron. Es más, el virrey de Cantón puso término a todo comercio con la Gran Bretaña, lo que fue una insoportable afrenta, no se sabe a ciencia cierta, si al honesto comercio británico o a la dignidad nacional, pero la escuadra de Su Graciosa Majestad tomó cartas en el asunto e inició las hostilidades contra la impertinente ciudad de Cantón en junio de 1840. Fue la llamada guerra del Opio. El irresistible argumento de la superioridad manifiesta de las armas británicas llevó a Pekín a sufrir la primer gran afrenta de su milenaria historia: hubo de agachar la cabeza ante los «diablos blancos» y, por el

---

<sup>1</sup> El opio exportado a China desde finales del siglo XVIII ya había empezado a hacer estragos en la población. En 1838, un grupo de mandarines presentaron una súplica al Emperador pidiendo que “el contrabando de opio fuera incluido entre los crímenes que merecen pena de muerte”, porque “ese veneno debilita a nuestro pueblo, seca nuestros huesos; ese gusano nos roe el corazón, arruina nuestras familias”.

<sup>2</sup> Hasta finales del siglo XVIII, el opio sólo se había usado en China como medicamento. Fueron los comerciantes ingleses quienes fomentaron su uso como droga para resolver el problema de superproducción de sus vastas plantaciones de adormideras de la India.

tratado de Nankín (1842), abrir a una Gran Bretaña, ansiosa de mercados los puertos de Cantón, Amoy, Fucheú, Ningpó y Shanghai, o «puertos de los tratados», aparte de la cesión en propiedad del islote de Hong-Kong, que domina el estuario del río de Cantón. Los términos del tratado de Nankín y de otros que le siguieron, singularmente el de 1843, que obligaba a China a pagar una crecida indemnización, verdadera deuda internacional imposible de enjugar, dado el sistema impositivo existente en ese país, y concedía a Gran Bretaña la cláusula de «nación más favorecida», modificaron totalmente el *status* internacional del Celeste Imperio, por recortar su independencia, al permitir a los extranjeros que fiscalizaran sus finanzas y, por vía de consecuencia, su actividad política. China seguía siendo independiente, pero algo menos.

Otras potencias occidentales se apresuraron a introducirse por la brecha abierta por Gran Bretaña. Los tratados firmados en 1844 en Wampoa entre China, Francia y los Estados Unidos incrementaron las posibilidades de comerciar con aquel país, vasto mercado que, entonces como ahora, hizo palpitar de codicia el mercantilismo occidental. Con todo, la ceguera inherente a la soberbia no permitía a los gobernantes chinos percatarse de que su país, anclado en tiempos pretéritos, corría el riesgo de verse mediatizado, repartido y, finalmente, colonizado<sup>3</sup>. El resultado de la astucia china de no respetar los tratados suscritos fue que se acentuó la presión extranjera mediante el envío de Cuerpos expedicionarios en 1858 y 1860, a fin de que los chinos —previa ocupación de Pekín e incendio del Palacio de verano<sup>4</sup>—entraran en razón.

Mientras los occidentales picoteaban el flanco marítimo de China, que había dejado de ser una potencia naval desde el siglo xv, Rusia, atraída hacia el Este desde el siglo xvi, no desaprovechaba la oportunidad de consolidar

---

<sup>3</sup> El plenipotenciario chino en las negociaciones de los tratados de Wampoa, Ki-ying, escribía a la Corte: "Una vez engatusados los bárbaros ingleses, los bárbaros franceses y norteamericanos, han acudido... Estos bárbaros son incapaces de entender las cosas del Imperio del Centro".

<sup>4</sup> El Palacio de Verano, una vez concienzudamente saqueado, fue pasto de las llamas por orden del plenipotenciario británico, Lord Elgin. Su padre había dispuesto, durante la guerra contra Turquía para liberar a Grecia, el desmantelamiento del Partenón y el traslado a Inglaterra de esculturas y bajos relieves. Uno de los barcos que transportaba la preciosa carga naufragó. En ocasiones, las leyes de la herencia son funestas para el arte.

y ampliar la parte asiática de su Imperio<sup>5</sup>. Por el tratado de Aigún (1858) consiguió la cesión del territorio situado a la orilla septentrional del río Amur y, por el tratado de Pekín (1860), los territorios entre el río Usuri, el mar del Japón y Corea, donde se encuentran las florecientes ciudades de Jabarovsk y Vladivostok. Finalmente, por los tratados de Chuguchak (1864) y del Ili (1881) Rusia se incorporó parte del Turkestán chino<sup>6</sup>.

De otra parte, nuevo toque en este cuadro de humillaciones y mutilaciones territoriales, de conformidad con los tratados de 1858, las aduanas chinas fueron reorganizadas—en realidad, intervenidas—por una dirección europea. Pero la dinastía manchú no sólo había de vérselas con el exterior. Tuvo que enfrentarse con la rebelión de Taiping (1848-1865), una más de las que registra la larga historia de China, pródiga en rebeliones, singularmente campesinas. Dirigida por el rey Celeste (se proclamaba ¡hermano menor de Cristo!), prendió en 11 provincias del Sur y a lo largo del Yangtsé. Mitad agitación rural, mitad levantamiento nacional contra los manchúes y sus claudicaciones ante los extranjeros, la rebelión de Taiping puede calificarse de primera guerra revolucionaria de China y, en todo caso, de antecedente de la revolución política y social que en 1912 había de derrocar al milenarismo Imperio y, más adelante, desembocar en el comunismo. Aquel amplio movimiento de Taiping no triunfó, en parte por estimar las potencias occidentales la conveniencia de jugar la carta del Imperio, al que prestaron apoyo. En adelante, la dinastía Tsing, a la que siempre fueron escasamente adictos los chinos, fue sobreviviendo con la ayuda foránea más o menos indirecta, lo que al mismo tiempo minaba considerablemente su ya minada autoridad. La guerra chino-japonesa (1895) le asestó un duro golpe, por obligar a China a pedir auxilio a las potencias europeas. A pesar de esta nueva humillación, por el tratado de Shimonoseki, China no pudo evitar la pérdida de la isla de Taiwán o Formosa y de la península de Liaotung y Puerto Arturo que, más adelante, pasó a poder de Rusia, en tanto que Alemania (1898) inauguraba el sistema de los territorios en arriendo o «zonas de influencia», que prác-

---

<sup>5</sup> No obstante, sólo en el siglo XVII, bajo el reinado de Alejo Mijailovich, segundo Zar de la dinastía de los Romanovs, y padre de Pedro el Grande, fue enviada una embajada a Pekín, a fin de establecer relaciones comerciales y diplomáticas. El embajador Nicolás Spathar Milesco fracasó en su misión, pero regresó a Moscú portador de datos de importancia sobre el Celeste Imperio.

<sup>6</sup> Estos son los tratados de mayor importancia que Pekín califica de «tratados desiguales».

ticamente eran protectorados, con la cesión de la bahía de Kiao-cheú. A ese reparto disimulado de China, los Estados Unidos intentaron oponer la política de la Puerta Abierta<sup>7</sup> en 1898, pero como quiera que previamente se habían instalado sólidamente en el archipiélago de Filipinas, no se evidencia la pureza de sus intenciones. Por tanto, cabe decir que desde 1895 hasta la primera guerra mundial, China se convirtió en campo de batalla de las potencias occidentales rivales, batallas en que hombres de negocios y diplomáticos se disputaban ásperamente concesiones mineras, zonas de influencias y ventajas comerciales.

Vanos habían sido los esfuerzos que a finales del siglo XIX llevaron a cabo numerosas sociedades secretas de nombres pintorescos y de forma más estimable el grupo encabezado por el intelectual reformista Kuang-siu para modernizar a una China estancada a la altura del medioevo occidental. Todos los intentos fueron implacablemente barridos por la emperatriz Tseu-hi, hostil a cuanto pudiera suponer cortapisas a su despótica autoridad, es decir, llegado el caso, a los extranjeros. De ahí que alentara secretamente la acción contundente de la sociedad secreta de los «boxers» (1900). Esta sangrienta rebelión dirigida contra la colonia extranjera de la capital motivó una expedición punitiva internacional que impuso a China una nueva crecida indemnización y la presencia permanente en Pekín y Tien-tsin de guarniciones europeas. Pero Rusia fue la potencia que, en definitiva, mayor provecho sacó de aquella terrible revuelta: ocupó Manchuria, en la que estableció un protectorado de hecho, y se hizo la sorda cuando las demás naciones la instaron a evacuar ese territorio chino. Por ello, cinco años después, rusos y japoneses habían de enfrentarse allí en una lucha que, debido a la derrota rusa, hirió de muerte a un zarismo que jamás se recuperó en su prestigio. A un tiempo se iniciaba la expansión japonesa en Asia, en particular en China, donde empieza a desempeñar un importante papel en la vida económica, sobre todo en la región de Hang-keú. Asimismo, esa guerra iba a provocar indirectamente la revolución china de 1911, que dio al traste no sólo con la dinastía manchú, sino con el Imperio.

En efecto, el victorioso avance de los japoneses en el continente abrió los ojos a la anciana emperatriz sobre las ventajas derivadas de la adopción de métodos y técnicas europeas. Pero sus propósitos llegaban tarde a la cita de la Historia, lamentable retraso que ha originado la mayoría de los grandes

---

<sup>7</sup> OWEN y ELEANOR LATTIMORE: *Breve Historia de China*, Espasa Calpe, Madrid, 1950.

cambios políticos y sociales. Desdeñado y perseguido en tiempos el intento reformista de Kuang-siu, lo que permitió a los gobernantes chinos atenerse a las recetas tradicionales para ir capeando los temporales, llegada la hora de implantar rápidas reformas, sólo se consiguió que tomara incremento un movimiento apenas iniciado: el de Sun Yat-sen y su Kuomintang, más adelante llamado Kuomintang, o partido nacional del pueblo, que clamaba por una república socialista con voluntad de modificar radicalmente el orden establecido. El movimiento contaba con el apoyo de los chinos del exterior, que no le regateaban su apoyo, bien al contrario, acaso porque estaban en mejores condiciones que sus compatriotas del Celeste Imperio para apreciar a qué grado de humillación e impotencia había llegado su país, convertido en semi protectorado y, en ocasiones, en protectorado a secas. Pese a los esfuerzos del Gobierno para contener y neutralizar la oleada revolucionaria, el 11 de octubre de 1911 el Kuomintang provocaba en Cantón un levantamiento de la guarnición. La población se adhirió al movimiento que, rápidamente, se extendió a toda la China del Sur. El Imperio cayó como fruta madura, con la rara particularidad de que fue el emperador niño, Suan-tang, heredero proclamado por la emperatriz Tseu-hi, quien anunció el mismo el advenimiento de la República el 12 de febrero de 1912. Seguidamente, el emperador autodepuesto se encerró en la Ciudad Prohibida de Pekín, tradicional residencia de sus antepasados, y la República le asignó una renta anual de tres millones de dólares<sup>8</sup>.

Lejos de restablecer el orden y encaminar a China hacia la prosperidad, la joven República, de la que el general Yuan Che-kai fue el primer presidente efectivo<sup>9</sup>, hubo de registrar impotente la anarquía militar en el Norte,

<sup>8</sup> Al ser proclamado Emperador en 1909, según la costumbre manchú, cambió su nombre de Pu-yi por el de Suan-tung o "Soberanía integral proclamada". El nuevo Emperador tenía seis años. Volvió a ser Emperador de China del 1 al 12 de julio de 1917, tras lo cual abdicó de nuevo con la misma facilidad que la primera vez. Expulsado de Pekín en 1924, se refugió en la concesión japonesa de Tien-tsin. Nombrado Emperador del Manchukuo en 1934, con el nombre de Kang-teh, cayó prisionero de los rusos en 1944 y encarcelado primero en Siberia y posteriormente en Manchuria como criminal de guerra. Liberado en 1959, por decisión de la Corte Suprema de Pekín, Pu-yi, o Suan-tung o Kang-teh, según noticias de Pekín fechadas en 1961, "forma parte del personal de un jardín botánico". No se sabe más de quién fue tres veces Emperador. Al parecer, su hermano es un marxista "convertido".

<sup>9</sup> La primera providencia de su mandato fue solicitar la ayuda financiera de las grandes potencias. Se creó entonces un Consorcio bancario, del que Japón formaba parte, para suscribir el contrato con la joven República.

donde reaparecieron los antiguos «señores de la guerra» surgidos del ejército modernizado de inspiración europea, y a la anarquía política en el Sur, donde Sun Yat-sen no lograba siquiera que le obedecieran «sus» generales. Fue éste un período de confusión y desbarajuste agravado por las incidencias de la primera guerra mundial. La paz no aportó sosiego a la inquieta China, nave desmantelada que parecía navegar sin rumbo.

En 1921, doce hombres, entre ellos Mao Tse-tung, hijo de campesinos, en presencia de dos delegados del Komintern, fundaron en Shanghai el partido comunista chino, heredero del fracasado movimiento llamado del «4 de mayo». Acto seguido se adhirió a la Internacional Comunista y envió una representación al IV Congreso del Komintern, que se celebró en Moscú en 1922. Por grande que fuera la actividad desplegada por los nuevos comunistas, la experiencia revolucionaria le hizo ver a Lenin la conveniencia de que tan exigua formación en la inmensa China se uniera al vasto partido del Kuomintang, aun manteniendo su personalidad. Era la táctica que reiteradamente han aplicado los partidos comunistas: organizar o integrarse en movimientos de otra u otras ideologías, aunque inicialmente constituyan ellos una minoría, y conquistarlo desde dentro, porque la cohesión interna y la disciplina del sumando marxista permite dominar a corto o largo plazo esos grandes cuerpos invertebrados que suelen ser las formaciones políticas con pretensiones democráticas, como era el caso del Kuomintang, inspirado en la ideología generosa e imprecisa de Sun Yat-sen. A su muerte, en 1925, lo sustituyó al frente del Kuomintang Chiang Kai-shek, joven general de carrera que había completado sus estudios en Moscú. Porque Moscú mantenía buenas relaciones con el Kuomintang al que apoyaba, pero prestando singular atención al Japón, cuyo deseo de expansión en China, cortado en seco en 1895 por las potencias occidentales, se hacía de nuevo evidente.

En el plano interno y en líneas generales, Chiang Kai-shek, al asumir la tarea de dirigir a China, tenía dos objetivos fundamentales: lograr la fiscalización administrativa del país, su fortalecimiento y modernización y, de otra parte, dotar de uniformidad su estructura política. Este último objetivo explica la corta duración de la coexistencia entre el reformismo del Kuomintang y el radicalismo marxista. En 1927, en circunstancias dramáticas para un Gobierno sumergido por la magnitud de los problemas a resolver, Chiang Kai-shek hubo de optar—dicen que «la fuerza ahorca»—por un entendimiento con los ricos negociantes y los banqueros de Shanghai. La solución distaba singularmente de los principios enunciados por Sun Yat-sen e incluso de las buenas dispo-

siones revolucionarias proclamadas por el propio Chiang Kai-shek <sup>10</sup>. El acercamiento al capitalismo chino provocó—anticipó debido a la presión soviética al parecer—la sublevación de los comunistas en Cantón, Tien-tsin y Shanghai <sup>11</sup>, tanto más desamparados en su lucha cuanto que la U. R. S. S. rompía sus relaciones diplomáticas con el Gobierno chino. El Kuomintang se asió a esta oportunidad para eliminar a la inquietante fuerza comunista en crecimiento, aunque en esta circunstancia no logró arrastrar a las masas populares. Los supervivientes de la persecución se refugiaron en la provincia central de Chiang-si, donde fundaron una República Popular y emprendieron la reforma agraria. Tales actividades se vieron interrumpidas por la decisión del Kuomintang de poner término a ese estado de cosas. Cercados en 1934 por fuerzas armadas superiores, los comunistas lograron burlar el cerco y emprender la «Larga Marcha» hacia las lejanas e inhóspitas regiones del Norte. De la columna de 100.000 soldados, mujeres y niños que inició la marcha, poco más de 40.000 resistieron las penalidades de ese alucinante recorrido de unos 12.000 kilómetros, durante el que se huyó combatiendo, hasta que el ejército nacional renunciara en su persecución. Ese núcleo endurecido por las privaciones y las luchas había de ser la base del Ejército Nacional de Liberación que formado para luchar contra el invasor japonés, terminó venciendo a los chinos nacionalistas.

Entre tanto, los japoneses habían creado un nuevo frente, que se sumaba a las preocupaciones del Gobierno nacional, al invadir en 1931 a una Manchuria que teóricamente había vuelto a la soberanía china. Invasión que motivó la reanudación de relaciones entre la U. R. S. S. y el Kuomintang. Al año siguiente Japón hizo proclamar la independencia de ese territorio con el nombre de Manchukuo, siendo nombrado jefe del ejecutivo el antiguo emperador de China que, finalmente, fue designado para el trono manchú, en 1934, con el título de emperador. Declarada la guerra entre China y Japón en 1937, arrollado por el temporal que arreciaba en el inmenso y convulso país, Chiang Kai-shek había tenido que resignarse a ese atentado a la integridad territorial de su patria, así como al abandono de seis provincias del Norte al invasor, que convirtió tales provincias en República independiente. No obstante, el

<sup>10</sup> En 1925, en un discurso pronunciado en Chan-teú, dijo: "El triunfo de la revolución china es el triunfo de la revolución mundial y, a mayor abundamiento, es el triunfo absoluto de la revolución rusa. Los camaradas rusos nos brindan modelos".

<sup>11</sup> La conocida novela de ANDRÉ MALRAUX: *La condición humana*, tiene por tema este episodio singularmente atroz de la lucha entre el Kuomintang y el partido comunista.

avance japonés hacia Shanghai—que hubo de capitular después de una resistencia desesperada—despertó en el campo nacional la conciencia de que entre tirtios y troyanos China saltaba hecha añicos. Y ante la ofensiva japonesa, que tenía visos de arrolladora, contando con los inmensos espacios chinos, Chiang Kai-shek adoptó la táctica de la «tierra quemada» y retrocedió sistemáticamente, empujado por el enemigo, mientras que su Gobierno se establecía en el Sur.

Era ésta una reiteración de la táctica rusa frente a la invasión de Napoleón en 1812—¿acaso estudiada durante su estancia en Moscú?—. Pero existía la enojosa diferencia de que no fueron campesinos rusos y cosacos adictos al zar quienes hostigaban las retaguardias enemigas, cortaban las líneas de comunicaciones, tendían emboscadas, organizaban sabotajes y desarticulaban la logística de las tropas japonesas, sino los comunistas que habían salido de sus guaridas de Chen-si y enrolaban en sus filas nutridos grupos de campesinos, estudiantes, intelectuales, soldados e incluso «burgueses» animados por un sentimiento patriótico exacerbado por la invasión. De otra parte, la táctica de la «tierra quemada», además de arrasas pueblos y cosechas, dejaba un vacío administrativo y político que los japoneses se esforzaban en llenar con funcionarios e incluso militares que no le hacían ascos al invasor. Pero de hecho fueron los comunistas quienes sustituyeron al Gobierno nacional en retirada. Contando con el apoyo de los habitantes de territorios ocupados, fueron implantando una administración clandestina. La actividad del partido comunista chino pudo desarrollarse con tanto mayor facilidad cuanto que los japoneses centraban más sus esfuerzos bélicos en el ejército de Chiang Kai-shek, que en esa nube de guerrilleros que se movía en territorio ocupado, pero cuya capacidad combativa jamás se ponía a prueba en combates regulares. Ni tenía por qué ponerse, dado que éste es la técnica de la guerrilla: tirar la piedra y esconder la mano. Menospreciada al principio por el invasor, esa guerrilla pudo prosperar en el Norte y organizarse y esparcirse por todo el país hasta constituir un verdadero ejército con arraigo en el pueblo, singularmente entre la población rural<sup>12</sup>. Cuando al capitular Japón surgió de la clandestinidad, aquel ejército inicialmente compuesto por unos 40.000 hom-

<sup>12</sup> Haciendo caso omiso de la ortodoxia marxista, que apalanca el movimiento revolucionario en la masa obrera, Mao Tse-tung se ha apoyado siempre en las masas campesinas, lo cual, ya que no ortodoxo, es lógico en un país que, como China, cuenta con ingentes masas campesinas y, en los primeros cincuenta años del siglo, apenas proletariado urbano.

bres había pasado a contar con tres millones de soldados, en tanto que el partido comunista sumaba 900.000 miembros. Lo paradójico de la situación que planteaba la salida a escena de esa masa, es que a raíz del pacto de no agresión firmado entre China y la U. R. S. S. (agosto de 1937), se había previsto un acuerdo que restablecía la colaboración del partido comunista con el Kuomintang.

Consciente del peligro que para el Gobierno chino representaba esa organización político-militar que había asumido el papel de cabecilla de la resistencia patriótica frente al invasor, Chiang Kai-shek, en 1941, había intentado por tercera vez eliminar a un comunismo que, al socaire de la lucha antijaponesa, se iba adueñando de gran parte del país. Después de una larga serie de incidentes de resultados negativos—uno de ellos, dando tregua a la lucha contra los japoneses, atacar por la retaguardia el IV Ejército comunista—, de tractaciones y negociaciones, se llegó a lo que cabe calificar de «acuerdo chino», tomando como base la unión contra el enemigo común de todos los chinos. La mentalidad occidental, cuyos esquemas mentales son otros que los asiáticos, se resisten a comprender acuerdos tales como el de 1941. Sin embargo, se insertan en la lógica asiática de una guerra sin cuartel reñida entre el Kuomintang y el partido comunista, realidad ésta que la guerra con el Japón disimuló. Desde hacía años tal guerra se desarrollaba al estilo tradicional de China, es decir, sin contar demasiado con el tiempo, llevando la lucha con pausas para recobrar aliento, y ello correspondía a reconciliaciones fingidas seguidas de auténticas traiciones, al menos según nuestros conceptos de la lealtad, de matanzas, de conversaciones, negociaciones, intrigas, fintas, rupturas, insultos y testimonios de cortesía, junto a todo el arsenal de sutilezas que son la herencia de una civilización milenaria de la que los comunistas, les guste o no, son también los herederos. Por lo demás, Pearl Harbour y la guerra entre los Estados Unidos y el Japón llevaron el Kuomintang a convertirse en aliado de las potencias occidentales, y en particular de Norteamérica, que puso en obra todos sus recursos para mantener el frente chino que absorbía parte del potencial bélico de su enemiga. Entonces China nacionalista pudo abrigar—no sin fundamento—la firme esperanza de que, merced a la ayuda masiva norteamericana, le sería posible rematar victoriosamente la lucha contra el Japón y, posteriormente, poner término a la guerra civil latente entre el Gobierno de Chungking y el partido comunista, pese al acuerdo temporal recién suscrito con él.

Derrotado en 1945 un Japón que venía haciendo de tercero en discordia entre los dos antagonistas chinos, empieza la dramática fase final de la lucha por el predominio de China. La U. R. S. S. apostó a favor de Chiang Kai-shek y firmó con él, en agosto de 1945, el tratado de Moscú, por el cual se comprometía a prestar al Gobierno nacional ayuda moral y material, reconocía a Manchuria como parte de China y se obligaba a retirar sus tropas de ese territorio tres semanas después de la capitulación del Japón. Se comprometía además a no inmiscuirse en los asuntos internos de su aliada<sup>13</sup>. Es preciso destacar este extremo del reconocimiento por Moscú del Gobierno de Chungking como verdadero Gobierno de China, que tira por los suelos el supuesto—muy racional, por cierto—de Moscú, volcada al lado de sus «hermanos» chinos. Los dirigentes soviéticos, cuyos análisis de las situaciones tienen fama de objetivos y realistas, ¿se equivocaron valorando por lo bajo las posibilidades de triunfo final del comunismo chino, lo que motivó la opción a favor de Chiang Kai-shek? ¿Temieron que, de vencer éste, los Estados Unidos consiguieran una influencia preponderante en China, en tanto que siempre cabía para Moscú un entendimiento ulterior con un comunismo vencedor?; o bien, conscientes de las posibilidades de éxito de ese comunismo, ¿previeron en él un rival en agraz? No cabe responder a estas preguntas, pero sí señalar que la U. R. S. S. no prestó excesiva atención al partido «hermano». Sin atacarlo de frente, ciertamente, le concedió escasa consideración, aun manteniendo el contacto<sup>14</sup>.

A partir de 1945, la lucha contra el comunismo, que no sólo domina numerosas provincias del Norte, sino que brota en las que teóricamente son leales al Gobierno nacional, va a convertirse en el objetivo fundamental, puede decirse que en el único objetivo de toda la acción de Chiang Kai-shek. El combate toma visos de cruzada con alistamientos masivos en las filas nacionales, facilitados tanto por la abundancia de materia prima humana en China como por el copioso suministro de armamento norteamericano. Tampoco anda

<sup>13</sup> Luis GARCÍA ARIAS: *Las diferencias entre la Unión Soviética y la China comunista*, Zaragoza, 1964.

<sup>14</sup> "Al disolverse el Komintern en 1943, la U. R. S. S. parece desinteresarse de los comunistas chinos. En 1944, Stalin decía al enviado de Roosevelt, Harriman: 'Los comunistas chinos no son verdaderamente comunistas'. En 1945, Stalin manifestó a Harry Hopkins, la eminencia gris de la Casa Blanca: 'Chiang Kai-shek es el único jefe chino llamado a realizar la unificación de China: los dirigentes comunistas chinos no son buenos ni cualificados para realizar esta tarea', vid. Luis GARCÍA ARIAS, obra citada".

escaso el dinero de la ayuda estadounidense, quizá por desgracia para la moral del campo nacional, donde la corrupción, los negocios turbios y la codicia hacen rápidos estragos que irán hastiando al pueblo chino y suscitando en él un desafecto que, en su día, no dejará de contribuir al derrumbamiento final. Sin esperar a una consolidación de su retaguardia, mediante la reorganización y la depuración de la administración, que funcionaba por lo menos de modo deficiente, ni poner a punto un ejército falto de disciplina y cohesión, el Gobierno nacional se lanzó a la lucha, cuando para llevarla a buen término con probabilidades de éxito hubiera sido preciso un tiempo de pausa y preparación. Tal extremo se imponía a los asesores norteamericanos, que hicieron vanos esfuerzos para que el Gobierno nacional no se apresurase a acometer la ardua tarea de derrotar al comunismo en sus bastiones norteños eliminando al mismo tiempo sus infiltraciones en numerosas provincias que, aparentemente, le eran leales. El esfuerzo de los asesores, en particular del embajador Patrice Hurley, apuntó a que los enemigos en potencia llegaran a una aveniencia. Finalmente, lograron organizar un encuentro entre Mao Tse-tung y Chiang Kai-shek, que tuvo lugar en Chungking. Las negociaciones—o los chalaneeos—concluyeron con un acuerdo «provisional» de «estrecha colaboración». Una fórmula tan incongruente no desembocó en un acuerdo definitivo. También la U. R. S. S. quiso mediar en la disputa, si bien la propuesta entrevista de finales de 1945 entre Mao Tse-tung y Chiang Kai-shek en un lugar de la frontera ruso-china no fue aceptada por este último. Con ello se precisaban los contornos de una guerra civil cuyo primer acto ya había tenido lugar.

En efecto, al evacuar los soviéticos a Manchuria en el invierno 1945-46 Chiang Kai-shek se propuso ocuparla sin demora al objeto de reintegrarla a la soberanía de China. Se le había anticipado el Ejército Nacional de Liberación, al que los soviéticos, antes de retirarse, entregaron el abundante material bélico capturado a los japoneses. Las huestes de Mao Tse-tung, agueridas y bien armadas, estaban en condiciones de hacer frente al ataque de las tropas nacionales enviadas para desalojarlas de sus posiciones. Y en Manchuria se inició un enfrentamiento que, debido a la intervención del general Marshall, enviado especial del presidente Truman en China, registró dos treguas, en enero y en junio de 1946.

Se ha estimado que esos alto el fuego fueron sumamente favorables a los comunistas, por permitirles reorganizar sus fuerzas en las provincias del Norte y preparar la ofensiva posterior. Desistimos de esta opinión por evidenciarse que tales posibilidades no se las vedaban los dos alto el fuego a

las fuerzas nacionales. Pero éstas, acaso engañadas por un optimismo derivado de su progresión en Manchuria—que se debía en realidad a la retirada táctica de las fuerzas comunistas—, no tomaron disposiciones especiales para efectuar el ataque al bastión del Norte. Además, el ejército nacional, lo mismo en Manchuria que la China del Norte, iba a cometer el error militar de llevar el combate cual si se tratara de una guerra regular. De ahí que el objetivo principal que perseguía era ocupar ciudades, industrias, carreteras o vías férreas y aprestarse a defender esas conquistas, ello frente a un enemigo dotado de suma movilidad que dominaba el campo, dificultaba el abastecimiento y perturbaba los movimientos del ejército del Kuomintang. Los nacionales flotaban en la superficie. Los comunistas se movían por todo el país «como el pez en el agua». Poco a poco el ejército nacional, compuesto sobre todo de chinos del Sur, sin vínculo alguno con esas para ellos lejanas regiones ni con sus habitantes, perdieron acometividad por adquirir mentalidad de sitiados. De suerte que al iniciarse la segunda fase de esa guerra, en 1947, no existía un frente nacional continuo y claramente definido, sino una serie de posiciones más o menos «estratégicas» que enlazaban difícilmente entre sí y que habían de resultar aisladas o arrolladas al desencadenarse la ofensiva general de las fuerzas de Mao Tse-tung. A estas circunstancias adversas hay que agregar la estabilidad de los mandos del Ejército Nacional de Liberación (Lin Piao, Chun-yi, Chu-teh, etc.) frente a los constantes nombramientos y destituciones del Ejército nacional, donde en ocasiones figuraban al mando de unidades antiguos «señores de la guerra» o generales politizados impuestos por alguna de las tendencias de un Kuomintang falto de unidad interna, cuya lealtad al jefe supremo, Chiang Kai-shek, no resistía grandes pruebas. De otra parte, debido a los justificados recelos en cuanto a la lealtad de los mandos, se había establecido en el campo nacional una rígida centralización. Y nadie osaba operar sin órdenes explícitas del alto mando. Esta circunstancia, en un país de tan enormes proporciones como es China, iba en perjuicio de los movimientos tácticos del ejército nacional y de las decisiones a adoptar en casos imprevistos. También es de tomar en cuenta como factor de victoria que el ejército comunista, formado por voluntarios, tenía la alta moral de las tropas que no han sufrido descalabros. En cambio, el ejército nacional llevaba en su entraña la amargura de las derrotas infligidas por los japoneses. Finalmente, el ejército que acaudillaba Mao Tse-tung estaba encuadrado por marxistas convencidos que encandilaban a sus hombres con proyectos de reformas—singularmente la

reforma agraria—y daban ejemplo de austeridad y disciplina. En cambio, el ejército nacional, bien equipado y bien armado, carecía de la cohesión que se deriva de la persecución de un objetivo común y concreto. No podía dársele la lucha contra esa abstracción que para la masa era el comunismo. A todas estas desventajas iniciales, hay que sumar las que fueron surgiendo a medida que el Kuomintang fue perdiendo terreno y que se han llamado «los cinco desacuerdos», reflejo de la confusa situación reinante en el campo nacional: desacuerdo entre el Gobierno y el Ejército; entre el Ejército y el Kuomintang; entre el pueblo y el Ejército; entre los diferentes cuerpos de Ejército, y, por fin, entre los oficiales y la tropa minada por la indisciplina y la rapiña. La corriente de siglos de decadencia fluía por el campo nacional. Toda la energía e inteligencia de Chiang Kai-shek fueron poco para llevar los acontecimientos por otro camino que el de la derrota.

El paso del río Amarillo en 1947 por las tropas de Mao Tse-tung y a principios de 1948 la ocupación de la provincia de Chen-si, en el Norte, junto con la reconquista por los comunistas de Mukden (actualmente Chen-yang), en Manchuria, aparecen como los primeros compases de una marcha guerrera que no cesará de sonar con ritmo cada vez más acelerado. A finales de ese año, bajo la presión enemiga, las tropas de Chiang Kai-shek evacúan Kalgan y Tien-tsin, ciudad ésta que los comunistas ocupan el 15 de enero de 1949. El 23 de ese mismo mes, Lin Piao y el general Fu Tso-yi, firman un protocolo relativo a las condiciones de rendición de Pekín<sup>15</sup>. Por cierto, coincidiendo con la firma de ese protocolo, el general Fu Tso-yi se pasó al bando vencedor con 200.000 hombres y su armamento, ejemplo que no dejaría de tener imitadores y que acabaría de desarticular el ya desarticulado ejército nacional. De otra parte, la retirada de Nankín y de Sanghai del llamado ejército personal de Chiang Kai-shek había de acelerar los acontecimientos, tanto más cuanto que ya no había dirección central de la guerra.

Mientras los comunistas combatían y avanzaban, se habían producido en el campo nacional graves acontecimientos del orden político. La proximidad del ejército comunista había ensanchado la vía de agua abierta en la nave gubernamental por una ofensiva que las fuerzas nacionales no habían logrado contener. Y habían surgido las consecuencias propias de situaciones dramá-

---

<sup>15</sup> Las condiciones de aquella paz eran moderadas: cese de las hostilidades; establecimiento de una administración mixta para gobernar la ciudad; retirada de las tropas nacionalistas a las afueras de Pekín; protección de las misiones extranjeras. De hecho, la moderación imperó hasta que se remató el triunfo de las fuerzas comunistas.

licas en un país cansado y desmoralizado: recelos, discordias, rebeliones y hasta traiciones. A finales de 1948 ya se había iniciado la desbandada en el campo nacional, privado además de la ayuda norteamericana por haber llegado Washington al convencimiento de que sus esfuerzos para salvar al Gobierno nacional establecido en Nankín eran baldíos y que éste tenía perdida la partida, cuya puesta era China <sup>16</sup>. Debido a los clamores de la asamblea legislativa—el *yuan*— en favor de un alto el fuego, Chiang Kai-shek dimitió el 21 de enero de 1949 dejando al vicepresidente Li Tsong-yen en la dirección del Kuomintang. En calidad de primer ministro lo sustituyó Sun-fo, que había de desgañitarse solicitando sin éxito la mediación de los Cuatro Grandes para conseguir una paz honorable. El 19 de enero, el gobierno ya había tomado la decisión de retirarse a Cantón. Los embajadores de las naciones acreditadas cerca del gobierno nacional chino permanecieron en Nankín, salvo el embajador de la U. R. S. S. que, obediendo órdenes expresas de Stalin, siguió la suerte de un gobierno que más que retirarse parecía huir. Desaparecido Chiang Kai-shek de la escena política, todavía hubo dirigentes nacionales que confiaron en la posibilidad de un arreglo negociado con Mao Tse-tung. Las ilusiones fueron de corta duración. El 30 de enero, víspera de la entrada de las tropas comunistas en la antigua capital del Imperio chino, Mao Tse-tung hizo saber que estaba dispuesto a firmar acuerdos separados de paz, pero en modo alguno una paz general. Su postura era lógica y realista. La ocupación del triángulo comprendido entre Tien-tsin, Kalgan y Pekín había hecho perder al ejército nacional 500.000 de sus mejores soldados y oficiales, todos muertos o prisioneros. Por consiguiente, no cabía esperar otra fórmula que la rendición pura y simple, porque la relación de fuerzas era demasiado favorable para los comunistas, cuya progresión ininterrumpida adquirió carácter de catástrofe para el gobierno acorralado en Cantón. La estrategia adoptada por Chiang Kai-shek había fracasado por no haber tenido Chiang Kai-shek los medios de su estrategia o bien por no haber tomado en cuenta ese conjunto de factores de todo orden que los marxistas llaman «las condiciones objetivas del éxito». La victoria no se logra sólo con muchos soldados y muchas armas.

Con todo, el campo nacional no se daba por vencido y trataba de seguir luchando y negociando a un tiempo en medio de los estertores de la agonía.

---

<sup>16</sup> Se ha estimado que la publicación por los Estados Unidos del Libro Blanco sobre China aceleró el desmoronamiento del campo nacional.

Pero a medida que menguaban los territorios que dominaba cundían las dimensiones. En marzo, un nuevo primer ministro, el general Ho Yeng-chin, sustituyó a Sun-fo, «necesitado de descanso». Por su parte, el presidente Li Tsong-yen mantenía contactos con Mao Tse-tung para lograr una paz negociada, si bien se evidenciaba la vanidad del empeño, ya que Mao Tse-tung sólo estaba dispuesto a negociar sobre la base de las condiciones dadas a conocer el 14 de enero, que eran aún más duras que las del 30 de enero. En efecto, aquéllas equivalían a un programa comunista compendiado: sustitución del Kuomintang por un gobierno de coalición democrática, con exclusión de los reaccionarios; reforma agraria; denuncia de los tratados de traición; incautación de los bienes, y, además, liquidación de los criminales de guerra, entre otros puntos. Sin embargo, Li Tsong-yen juega el juego de la negociación para ganar tiempo, un tiempo que los comunistas aprovechan a su vez para preparar una nueva gran ofensiva. Finalmente, el 1 de abril se celebró en Pekín la conferencia de paz propuesta por Mao Tse-tung, a la que el Kuomintang envió una delegación. Conocidas de antemano las condiciones de los comunistas, y de antemano rechazadas, la conferencia de paz fracasó. Generosamente, Mao Tse-tung concedió a «las bestias diabólicas», como llamaba a los miembros del Kuomintang, un plazo de quince días para meditar los pros y los contras de su negativa. Pero el 4 de abril, sin esperar a que venciera el plazo por él fijado de ese verdadero ultimátum, las fuerzas comunistas reanudaron la ofensiva cuyo primer objetivo era el paso del río Yangtsé. Una vez logrado, el avance comunista se hace incontenible, pese a resistencias esporádicas y aisladas. La conquista de la China del Sur se prosigue sistemáticamente: Nankín cae el 23 de abril y unos días después Hang-chéu; el 25 de mayo Shanghai es conquistada por el ejército de Chen-yi, mientras las tropas de Lin Piao, después de apoderarse de Wu-han, habían avanzado hacia Shangai. El gobierno nacional y Chiang Kai-shek se habían trasladado a Formosa a mediados de mayo, pero todavía quedan en China continental fuerzas nacionales que intentan resistir la oleada comunista, singularmente en Cantón, que no obstante caerá el 24 de octubre. A los comunistas sólo les queda por desollar un rabito de la inmensa China, pero el 14 de diciembre de 1949 el Ejército de Liberación Nacional llega a la frontera con Tonkin y a finales de año es dueño de la provincia sureña de Kuang-si. Al año siguiente conquista la isla de Hainan, y en 1951 reintegra a la fuerza el Tíbet a la soberanía china. El territorio chino está «liberado», salvo Formosa. Las garantías dadas por los Estados Unidos a la China nacional y la retirada

soviética llegada la hora de apoyar la empresa de reconquista, como se vio durante la crisis de 1958, han contribuido a aplacar hasta ahora los ímpetus reivindicativos de Pekín. Lo cual no pretende decir que nos hallamos ante una situación indefinidamente estabilizada. A medida que los Estados Unidos vayan saliendo—y todo hacer prever que finalmente saldrán—del atolladero asiático, China Popular dará libre curso a sus deseos de redondear su victoria de 1949. Es decir, que junto al problema de la expansión comunista en Asia existe potencialmente el de su expansión en el Pacífico.

Mientras la guerra discurría por el camino de la victoria para los comunistas, la política avanzaba por la vía de la edificación socialista de la nueva China, una vía inicialmente un tanto zigzagueante que fue un acierto en función del objetivo perseguido. En efecto, el partido comunista chino no tomó como punto de partida de su actividad un comunismo integral y duro, sino un comunismo condescendiente y puro. Instalado en Pekín desde finales de marzo, el Comité Central convocó el 21 de septiembre en la antigua capital del Imperio una Conferencia Consultiva constituida por representantes elegidos por el pueblo chino, los cuales no eran todos comunistas. Su misión era nombrar a los miembros del gobierno y elaborar un programa común que hiciera las veces de Constitución provisional<sup>17</sup>. En ese gobierno, como era previsible, Mao Tse-tung fue nombrado presidente, con la asistencia de seis vicepresidentes: tres de ellos comunistas; tres no comunistas. Entre estos últimos figuraba la señora de Sun Yat-sen. Los demás miembros del gobierno, hasta 56, representaban diversas tendencias e incluso alguno de ellos era un adherido a los vencedores. Se acordó que Pekín fuera la capital de la nueva China, se escogió la bandera<sup>18</sup> y el himno nacional. De otra parte, se optó por el calendario gregoriano en sustitución del antiguo calendario lunar. Cuanto hizo ese gobierno y la Conferencia Consultiva se imponía moderado, justo, exclusivamente informado por un propósito de sanas refor-

---

<sup>17</sup> Con motivo de la apertura de la Conferencia Consultiva, Mao Tse-tung dijo: “Nuestra obra quedará escrita en la historia de la humanidad y demostrará claramente el hecho de que el pueblo chino, esa cuarta parte de la humanidad, se ha alzado... Nos hemos unido nosotros mismos y hemos vencido a nuestros opresores de fuera y de dentro mediante la guerra popular de liberación y la gran revolución del pueblo, y anunciamos la instauración de la República Popular de China”.

<sup>18</sup> Bandera roja, en la que figura en el ángulo superior izquierdo una estrella de oro de cinco puntas, rodeada de cuatro estrellas menores que simbolizan las minorías nacionales de China.

mas que todos estimaban necesarias. El ejército, que sólo más tarde sería llamado Ejército Popular, se mostraba disciplinado, austero y respetuoso. La población china—y no sólo las masas campesinas y urbanas—se puso sin grandes reticencias al lado de quienes prometían limpiar el país de la corrupción, el desbarajuste, los abusos y la penuria que habían empañado la acción del Kuomintang y precipitado su caída por falta de apoyo popular. Cuando el 1 de octubre de 1949, el único superviviente de los 12 hombres que fundaron en 1921 el partido comunista chino, Mao Tse-tung, proclamó la República Popular de China en Pekín, cabe decir que tenía en sus manos a un país dispuesto a seguirlo, si bien pocos eran en realidad los que sabían sin lugar a dudas hacia dónde dirigía sus pasos la joven República surgida de una larga y devastadora guerra civil, concluida con la victoria comunista.

Pero a pesar del triunfo que representaba la proclamación de la República Popular, el 1 de octubre de 1949 Mao Tse-tung se encontraba con una China tan aislada del resto del mundo como lo estuviera en tiempos del Celeste Imperio. Ninguna nación había reconocido a la China Popular, ni siquiera la U. R. S. S., que, hasta muy última hora, se había mantenido fiel a Chiang Kai-shek, y, dimitido éste, había trasladado su fidelidad a su sucesor, Li Tsong-yen, con quien había firmado un pacto de no agresión. Proclamada la República Popular, hubo de imponérsele a la U. R. S. S. como una insoslayable realidad que se le había escapado a su pregonado realismo. Con el máximo desparpajo, el 2 de octubre reconocía al nuevo régimen de Pekín, pero sin hacer hincapié en la identidad de ideologías entre éste y el de Moscú. Rápidamente, los demás países socialistas de Europa imitaron su ejemplo, si bien se les anticipó el satélite asiático, o sea Mongolia Exterior, que estableció relaciones diplomáticas con la recién estrenada República el 6 de octubre. La India y Birmania hicieron otro tanto en diciembre. Gran Bretaña, vecina de China por afincada en Hong-Kong, reconoció a la República Popular en enero de 1950, y, en el primer trimestre de ese mismo año, la imitaron Afganistán, Ceylán, Dinamarca, Finlandia, Holanda, Israel, Noruega, Pakistán, Suecia, Suiza y la República Democrática de Vietnam<sup>19</sup>. Con todo, en ese nutrido grupo de nuevos amigos no había ninguno en condiciones de prestar a

---

<sup>19</sup> Tras una larga pausa en la serie de los reconocimientos, Francia estableció relaciones diplomáticas con Pekín en enero de 1964. Actualmente, Canadá e Italia andan los pasos para establecer también relaciones diplomáticas con China Popular. A principios de 1965, Italia estableció con ella un acuerdo de comercio exterior.

la China Popular la ayuda que necesitaba en forma perentoria para poner en marcha el enorme, arruinado y desorganizado país, a no ser la U. R. S. S. A ella hubo de recurrir Mao Tse-tung, deferente y modesto, poniendo buena cara a un paternalismo soviético que debió de herir con incurable herida el singular orgullo del dirigente chino, cuya ortodoxia marxista siempre estuvo en entredicho en el Kremlin. Pero la necesidad tiene imperativos que excusan otras consideraciones. Dejando para mejor oportunidad la memoria de los agravios a él inferidos, en diciembre de 1949, por primera vez en su vida, Mao Tse-tung salía de China para trasladarse a Moscú, donde permaneció dos meses. Su estancia culminó con la firma, el 14 de febrero de 1950, de un tratado de amistad, alianza y asistencia mutua, que sólo fue dado a conocer el 14 de junio del mismo año.

Las largas negociaciones que precedieron la firma del Tratado de Moscú no pueden achacarse a los esfuerzos de imaginación a que obligó. En efecto, ese tratado es una copia del que Stalin y Chiang Kai-shek firmaron en 1947.

Así se estableció la ayuda económica y técnica que la U. R. S. S. había de facilitar a China. El tratado de alianza se completaba con un préstamo de 300 millones de dólares, a repartir en cinco años y destinados a la adquisición en la U. R. S. S. de bienes de equipo. Tal préstamo devengaba un interés del 1 por 100, había de devolverse en el plazo de diez años, pero pagadero en materias primas. La U. R. S. S. no regalaba: prestaba y sin excederse. A un tiempo, se comprometía a enviar técnicos y asesores a su vecina. Una serie de acuerdos firmados por los respectivos ministros de Asuntos Exteriores, Vichinsky y Chu En-lai, acompañaba el tratado. En términos generales, no eran beneficiosos para China, que, entre otros extremos, había de reconocer la independencia de la Mongolia Exterior, considerada por los chinos como parte del territorio nacional. Asimismo, la U. R. S. S. se comprometía a firmar acuerdos económicos por separado con el Sinkiang y Manchuria, lo cual no dejaba de poner en tela de juicio los derechos de China sobre esas regiones. En cuanto a la promesa soviética de retroceder a su vecina los derechos sobre el ferrocarril de Chan-tung y el Sudmanchuriano, fue preciso esperar 1954 para que se cumpliera, a la par que la U. R. S. S. renunciaba al arriendo de Puerto Arturo (actualmente, Liu-chuen). Lo conseguido por Mao Tse-tung de la U. R. S. S. no podía considerarse un éxito rotundo. El dirigente chino aceptó sonriente los hechos tales cuales eran—imposibles de modificar—y se aprestó a construir la China de sus viejos propósitos, aplicando la táctica de la «revolución permanente».

Los panegiristas de Mao Tse-tung le atribuyen esta táctica, lo cual es inexacto, ya que fue el principio rector del pensamiento de Trotsky y la causa fundamental de su choque y el de sus seguidores con el grupo acaudillado por Stalin. Es más, Trotsky se limitaba a seguir la teoría revolucionaria de Marx y de Lenin. Pero la aplicación de semejante táctica es susceptible de hacer jactarse rápidamente a un pueblo que no está condicionado. La primera providencia era, pues, disciplinar al pueblo chino y eliminar a los elementos susceptibles de entregarse al funesto vicio de pensar, discutir o practicar esa «contestación» que, paradójicamente, en nombre del maoísmo, florece en el mundo occidental. Las primeras lecciones fueron moderadas: mítines, reuniones contradictorias y de estudio, incitación a la autocrítica de los antiguos funcionarios del Kuomintang, que, en ocasiones, hasta conseguían conservar sus puestos por este procedimiento. Pero la ley de mayo de 1950, sobre el matrimonio y la igualdad de derechos políticos, económicos y culturales del hombre y de la mujer, tira por los suelos la estructura tradicional de la familia china, con una ventaja: introduce la novedad de proteger al niño de las decisiones paternas en cuanto a su suerte que, por lo pasado, no excluía el derecho a eliminarlo, método drástico de planificación de la familia, al que se puso un feliz término. En junio entra en vigor la ley de la reforma agraria. La clase de los propietarios rurales no sólo desaparece legalmente. En aras de la abolición del régimen feudal se producen violencias y venganzas sangrientas, pero teóricamente 250 millones de campesinos pobres acceden a la ansiada propiedad, si bien todo desembocó rápidamente en el sistema de cooperativas inspiradas en el modelo soviético de los «koljoses». En el «gran salto hacia adelante», las cooperativas desaparecieron a su vez, engullidas por la «comunidad popular», más conocida con el nombre de comuna <sup>20</sup>.

La guerra de Corea, en la que China entró el 4 de noviembre de 1950, pro-

---

<sup>20</sup> Las comunas son consecuencia de la fusión de cooperativas, muy semejantes a los «koljoses» soviéticos, instauradas en 1955 después de una primera fase de colectivización mediante la fórmula tradicional china de ayuda mutua. Se crearon unas 26.000 comunas constituidas en término medio por 30 cooperativas. Las comunas agrupaban a unas 25.000 personas. A finales del año 1958, las comunas representaban las estructuras básicas del mundo agrícola. En cuanto unidades relativamente autónomas, junto a las actividades agrícolas, contaban con centros administrativos, dependencias de la milicia popular y pequeñas industrias. El comunismo integral parecía estar a la vista. Vid. «Le Monde», 1 de octubre de 1969.

vocó en el país un choque psicológico y un clima de tensión que facilitó el desencadenamiento de la primera campaña sistemática de liquidación de elementos de la oposición o «traidores» y «contrarrevolucionarios», todo ello al socaire del orgullo patrio alimentado por las noticias del frente, un frente que la propaganda convirtió en sepultura de los Estados Unidos. Había terminado la etapa de transición. Empezaba a funcionar la máquina exterminadora que haría caer a amplios sectores de la antigua sociedad china, hasta tanto acoquinados y temerosos, pero vivos: caen antiguos miembros y funcionarios del Kuomintang, comerciantes, industriales, hombres de negocios, banqueros, profesionales, cuantos de algún modo representan la burguesía, incluyendo entre éstos a los cristianos perseguidos con desafortada saña y cabe decir que totalmente exterminados. Fueron llevados todos ante «tribunales del pueblo» o «tribunales extraordinarios», juzgados en un verbo y ejecutados públicamente sin dilaciones, ello en medio de una histeria colectiva desatada, de la que se registran pocos casos similares en la larga y cruel Historia de la Humanidad. Según fuentes oficiales, hasta octubre de 1952, fueron ejecutados 2 millones de «traidores» y «contrarrevolucionarios». Los observadores han estimado que la cifra real oscila entre 10 millones y 15 millones sólo durante aquella primera etapa de poda del árbol chino. En cuanto a las deportaciones y condenas a trabajos forzados, no es posible calcular su cifra, siquiera aproximadamente. Sólo puede decirse que quedó eliminada de las ciudades, singularmente las costeras, la clase burguesa y no pocos impertinentes disconformes de la clase obrera y artesana. Si es cierto que «la letra con sangre entra», se evidencia cuán hondamente penetró en China la letra comunista. De ahí que la pavorosa sangría no entorpeciera, y acaso estimulara, la ingente labor de construcción y reconstrucción que se inició. De hecho, la geografía económica del país se modifica. A la concentración industrial de la costa corresponde la creación de nuevas e importantes industrias en las provincias del interior. Las ciudades crecen. Se trazan nuevas carreteras, se desarrolla la red ferroviaria, se explotan minas, se lucha contra las enfermedades endémicas, contra el analfabetismo, el subdesarrollo cultural, las moscas, los perros, los insectos... Seguidamente, se inician campañas «anti»: en 1951, contra la corrupción, el despilfarro administrativo y la burocracia; en 1952, contra las prebendas, los fraudes fiscales, el robo de la propiedad del Estado, el robo de los secretos estatales y el estraperlo. En 1953, tomando como modelo a la U. R. S. S., se establece el primer plan quinquenal y el régimen se institucionaliza, pro-

mulgando una Constitución en 1954, en tanto que Mao Tse-tung ostenta oficialmente la Presidencia de la República. Lentamente, el partido comunista se inserta en la vida toda del país que empieza a funcionar en forma coherente. Sin embargo, la máquina no está tan engrasada que no deje oír algún chirrido. El primero fue la expulsión del partido—y subsiguiente suicidio—del viceministro Kao Kang. Encabeza la lista de los numerosos y astutos desviacionistas que, por lo visto, pululaban en el partido y que sólo una paciente labor de vigilancia permitió apartar entre 1956 y 1958. Uno de los medios empleados a tal fin fue la llamada campaña de «las cien flores», desencadenada en 1957. Nombre tan poético encubrió la realidad de unos 300.000 funcionarios del gobierno y del partido destinados a «puestos productivos», o sea, a trabajar en el campo, en fábricas o en minas. «Las cien flores» brindaron, además, la oportunidad de eliminar del partido y de los sindicatos a cuantos, por activa o por pasiva, se resistían al «gran salto hacia adelante» que Mao Tse-tung impuso al país, a fin de llegar al comunismo antes que ningún otro país, saltándose la etapa del socialismo, tal vez incitado—y engañado—por el crecimiento económico de China entre 1952 y 1958, que realmente fue impresionante. Con todo, a finales de 1958, el Comité Central del Partido comunista había opinado que no procedía precipitarse, sino atar cabos y avanzar con prudencia, como lo hiciera la U. R. S. S. El fracaso de las comunas, reconocido a finales de 1959 en Lushan, a los pocos meses de su implantación, era indicativo y fundamentaba ese criterio, que no logró prevalecer. Se dispuso el «gran salto» para pasar de la orilla de un balbuciente socialismo a la de una sociedad china totalmente reestructurada, según las normas de un marxismo-leninismo ya muy distante de aquel de cuyas esencias la U. R. S. S. se proclamaba guardiana, singularmente en lo que respecta al orden de las prioridades económicas, alterado por el comunismo chino al dar la preferencia a la agricultura, sobre todo a partir de 1961. El «gran salto» dejó a China en la sima de las luchas entre dirigentes, de las calamidades nacionales, de las cosechas deficitarias y del hambre en algunas regiones, particularmente en las que se vieron afectadas por las inundaciones. Entonces, China renuncia al método clásico de la planificación. Las decisiones se adoptan en forma pragmática, cuando empírica, y el Comité Central, reunido en Lushan, opta por reducir los objetivos de la producción del año 1960. El «gran salto» se convierte en una dura marcha de todo un pueblo para volver sencillamente a los niveles de producción del año 1958, mientras que, nombrado Liu Chao-chi presidente de la República, Mao Tse-tung pasa a un

segundo término y se dedica a pulir sus teorías sobre las «contradicciones», pero sin dejar de dominar el partido.

Paralelamente a estas graves dificultades de orden económico, se inicia el pleito entre la U. R. S. S. y China, pleito cuya solución dista de vislumbrarse, a pesar de las actuales negociaciones de Pekín. Aunque ese pleito pertenece más al ámbito de la política exterior de China que al de su política interior, incide de tal forma en la evolución ulterior de este país que no es posible eludir el conflicto. Vagamente planteado en el plano de las relaciones entre los dos países a raíz de la guerra de Corea y agravado durante la crisis de Formosa de agosto de 1958, se registran graves disensiones en el plano de la ayuda técnica durante la experiencia del «gran salto» y la implantación de las comunas. La tensión entre Pekín y Moscú determinó la decisión de Jruschev de retirar los 1.500 especialistas y técnicos destacados en China, aparte de los 150 científicos atómicos, y de dejar incumplidos los contratos de suministros. La medida no modificó la orden dada por el ministro de la Defensa, Lin Piao, «fiel compañero de armas» de Mao Tse-tung, de que el ejército se dedicara al estudio del pensamiento del jefe del comunismo chino. Este extremo, aparentemente inocuo y sin relación con las dificultades que origina la brusca retirada soviética, fue trascendental para la nueva etapa. Esta no hubiera sido posible si previamente las fuerzas armadas no hubiesen sido aleccionadas con el «marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tse-tung».

A primera vista, la fórmula parece peregrina y hasta absurda, pero el aditamento de Mao Tse-tung a los dos pilares de la construcción ideológica no es baladí y no hemos llegado al término de las consecuencias entrañadas en esa fórmula que deja sentado el principio de un desarrollo del marxismo-leninismo que se completa, perfila y remata con el pensamiento chino. Por supuesto, para la China actual, «el pensamiento Mao Tse-tung» no es sólo la continuación del pensamiento de Marx, Engels y Lenin. Aquéllos fueron meros precursores y adelantados de una doctrina que Mao Tse-tung, merced a su camino chino hacia el comunismo, ha establecido sobre bases inmutables e incontrovertibles.

Pocos años después, no es ya sólo el ejército el que se aplica al estudio del pensamiento de Mao. El movimiento conquista las Universidades, las fábricas y las organizaciones de juventud, perfilándose en el horizonte chino el principio de la Revolución Cultural que Chou En-lai anunciara en abril de 1966. Tal Revolución empezó con la crítica de las «cuatro antiguas»: las

antiguas ideas, la antigua cultura, las antiguas costumbres, las antiguas tradiciones. Los guardias rojos salen a la palestra y crean las condiciones requeridas para reorganizar de nuevo al país a todos sus niveles, eliminando del partido a los elementos que no están totalmente conformes con las orientaciones de Mao-Tse-tung y de sus fieles. De hecho se trata de establecer un nuevo tipo de dictadura con el respaldo de un ejército que Lin Piao domina y no ha cesado de preparar desde su puesto de la Defensa.

Después de estruendosas agitaciones callejeras, aparentemente incontroladas, llegó el momento de la lucha para adueñarse del poder. Aun cuando en agosto de 1966 el Comité Central adoptara el programa de 16 puntos de la Revolución Cultural presentada por Chou En-lai, los llamados «renegados», entre ellos el presidente de la República Liu Chao-chi, opusieron a su aplicación una pasiva y tenaz resistencia prolongada hasta principios del año siguiente. Fue preciso meter en danza a un ejército que ya estaba ampliamente comprometido en esa batalla política con el beneplácito, por lo menos, de Lin Piao, número dos del partido. Así pudieron establecerse por toda China y a todos los niveles comités revolucionarios que actuaban paralelamente a las organizaciones del partido, o sea, que fomentaban la revolución dentro de la revolución, y que permitieron la toma del poder por los partidarios incondicionales de la Revolución Cultural convertida en una superlucha de clases. Así desapareció de la vida pública—y acaso de la vida a secas—la fracción del partido que pretendía seguir una línea política no coincidente con la que Mao señalaba como resultado de sus meditaciones sobre determinados puntos de la doctrina marxista-leninista. Desapareció en particular el vilipendiado Liu Chao-chi, quien en tiempos formara parte del quadriunvirato que dirigía el partido.

La Revolución Cultural, con un Mao Tse-tung que había triunfado de sus rivales, tenía el camino expedito para aplicar las teorías sobre la «democracia del pueblo» e instaurar la «dictadura democrática del pueblo»<sup>22</sup>. En

---

<sup>21</sup> Una de las enseñanzas de la guerra de Corea fue que un ejército moderno necesita personal especializado y no solo hombres armados. A partir de 1955 se procedió a la reorganización del ejército con tendencia a estructurarlo a base de mandos jerarquizados. Se establecen los grados suprimidos en tiempos de la guerra civil, se decreta el ascenso por antigüedad y se nombran mariscales. En vísperas de la Revolución Cultural volvieron a suprimirse los grados en el ejército al objeto de impregnarlo de un espíritu más popular y revolucionario.

<sup>22</sup> En un folleto titulado «En torno a la dictadura democrática del pueblo», Mao

primer término, la Revolución Cultural apuntaba a la burocracia en la que Mao estimó que se estaba creando un nuevo mandarinato y que, en todo caso, era un calco de la burocracia soviética del partido, rémora de la revolución<sup>23</sup>. De ahí que la reestructuración del partido haya sido una de las tareas del IX Congreso del Partido Comunista Chino, celebrado en Pekín en el pasado abril, adoptándose entonces nuevos estatutos que derogaron los modificados en el VIII Congreso (septiembre de 1956). No es preciso indicar que en el IX Congreso, por votación unánime de los 1.512 delegados, Mao Tse-tung fue elegido presidente; Lin Piao, vicepresidente y sucesor de Mao, y Chou En-lai, secretario general del partido. Totalmente desmantelado el antiguo «aparato», liberado el comunismo chino de toda influencia soviética, está actualmente en condiciones de actuar con un nuevo estilo revolucionario y acaso con más ímpetu hacia el exterior que hacia el interior, donde, realmente, tanto se ha cernido al pueblo chino en el cedazo de las luchas de clase y contrarrevolucionarias que resulta difícil imaginar no esté totalmente separada la harina popular del salvado burgués.

En efecto, en las resoluciones finales del IX Congreso, aparte interesantes indicaciones sobre nuevas formas de gobierno marxista, que conducen a un original concepto del Estado, se carga el acento sobre la proyección de China hacia el exterior. No obstante, tal proyección no aparece planeada en forma esencialmente distinta de aquellas que se imponen como las constantes de la acción china en el ámbito internacional desde los albores de la República Popular: una desconcertante mezcla de cautela, brutalidad, paciencia y airada reivindicación de perfil nacionalista que, en ocasiones, se ha pasado al ámbito de la agresión armada. El común denominador de tan variadas y contradictorias actividades es la tendencia a meter baza donde quiera que China Popular encuentre un resquicio para introducirse directa o indirectamente,

---

Tse-tung escribió: "Nos dicen: 'Establecéis una dictadura'. Sí, amigo mío, tienes razón. De hecho establecemos una dictadura..., lo cual significa que los reaccionarios han de verse privados del derecho a opinar y que únicamente el pueblo tiene derecho a votar y a expresar su opinión". Citado por ANDRÉ MICOT, autor de *Mao Tse-toung*, Editions Culture, Arts, Loisirs, París, 1966. Mao ha facilitado también una definición, que parece una redundancia, de la fórmula "la dictadura democrática del pueblo": "La democracia para el pueblo; la dictadura para los reaccionarios enemigos del pueblo".

<sup>23</sup> "El IX Congreso ha institucionalizado la relación directa entre la cumbre y la base, la cual puede apelar a sus jefes supremos prescindiendo de los burócratas". LUNDPRANDÓ: *Notas sobre la actualidad mundial*, en el número 103 de esta REVISTA, mayo-junio de 1969.

exista o no una justificación histórica para hacerse presente. El primer ejemplo sonado de esta peligrosa tendencia la facilitó en 1950 su entrada en la guerra de Corea <sup>24</sup>, sin siquiera haber depuesto las armas empuñadas para la guerra civil y mientras apoyaba la rebelión de Malasia y la lucha del Viet-minh contra Francia. La República Democrática de Corea del Norte, proclamada en 1948, era hechura de la U. R. S. S., mas de una U. R. S. S. que por aquel entonces el poder atómico norteamericano mantenía a raya y, aparentemente, China Popular le sirvió de peón de brega. En realidad, esta primera salida fuera de sus fronteras, le permitió a China Popular colocar la primera piedra de su paciente y tenaz esfuerzo para construir el edificio de su liderato de los pueblos asiáticos, en perjuicio de su aliada moscovita, cuyo «asiatismo», luego su derecho a participar en los problemas de Asia, sufrió un duro golpe en la Conferencia de Bandung de abril de 1955. Por vez primera, la U. R. S. S. no estaba presente en una conferencia de países «proletarios», sencillamente porque en Bogor los Cinco del grupo de Colombo acordaron no invitarla por ser «demasiado europea» <sup>25</sup>. Los resultados alcanzados por la Conferencia de Bandung fueron nulos en el orden práctico, pero allí se le pusieron a China de manifiesto las inmensas posibilidades de liderato político brindados por esos 29 países de Asia y de Africa que sumaban unos 1.500 millones de seres humanos, cuyos dirigentes se reunían sin que la U. R. S. S. interviniera en sus deliberaciones. Dialécticamente, el hecho era una derrota soviética, un claro poner en solfa su propósito de detentar la dirección del Tercer Mundo, o sea, de los países pobres y recién descolonizados. Es de presumir que cuando el primer ministro Chou En-lai emprendió en 1963-64 su largo viaje a través de Africa, lo acompañó el recuerdo de Bandung, donde China Popular tuvo tan singular éxito que eclipsó a la India de Nehru. Tal viaje, sin embargo, no facilitó a China la base estable susceptible de instalar sólidamente sus baterías ideológicas en Africa, aun cuando no es del todo

---

<sup>24</sup> En este caso la justificación histórica es clara. Corea fue colonia china desde el siglo I antes de Cristo hasta el siglo VII. De nuevo quedó unida a China en el siglo XIII hasta finales del siglo XIV, en que se instaura en Corea una dinastía nacional, pese a lo cual Pekín mantiene su influencia en ese país. A finales del siglo XIX, el expansivo Japón disputó esa influencia a China, lo cual provocó la guerra chino-japonesa (1895).

<sup>25</sup> Cuesta trabajo excluir a un país que tiene miles de kilómetros de frontera con China y otros países asiáticos, y cuyo territorio, en sus tres cuartas partes, están situados en el continente asiático.

negativo el saldo que arroja la actividad de Pekín en un continente en el que apenas existe terreno político y sí muchas arenas movedizas. Tanzania y Zambia, concretamente, mantienen excelentes relaciones con China Popular. El hecho—entre otros—de que sean técnicos chinos los encargados de planear y dirigir las obras del ferrocarril destinado a unir a esos dos países así lo pone de manifiesto. Es más, acaso ese saldo sea tanto más positivo cuanto que aparentemente es más bien negativo, por no imponerse la verdadera significación de acontecimientos registrados en una Africa sacudida por golpes de Estado sucesivos, casi diríamos que crónicos. Es de recordar que grupos «marxistas-leninistas» o maoístas se han creado en todos los países<sup>26</sup>. Son grupos minoritarios, incluso exigüos, en lucha contra todo lo existente, incluyendo o empezando por los partidos comunistas de la línea soviética, pero su actividad es tan grande como cautelosa su infiltración. Por actuar en forma sincronizada, no cabe descartar que vayan cosechando éxitos en la batalla presentada al «revisionismo» soviético en el terreno de la acción revolucionaria. El hecho de que los doce chinos comunistas de 1921 lograron multiplicarse al extremo de que el comunismo engullera en veintiocho años a la enorme China resta a la hipótesis traza de desatada fantasía.

¿Hay que llevar al haber de la agresividad china la crisis de Formosa de 1958? Del análisis que de tal crisis hace Luis García Arias en *Las divergencias políticas chino-rusas*, se desprende que, de hecho, la iniciativa de China de crear una situación de «prueba de fuerza» apuntaba en primer término a «ver hasta dónde resistía la alianza con la U. R. S. S. y si podía contar con la protección del poder nuclear ruso». La vasta campaña en pro de la liberación de Formosa, iniciada en el verano de 1958, además de difuminar el rotundo fracaso del «gran salto»—que China pretendió dar desoyendo los consejos de prudencia de sus asesores soviéticos—persiguió y logró asimismo torpedear la reunión de alto nivel a la que Jruschev había aceptado asistir para tratar de la crisis del Oriente Medio, lo cual demoró la puesta en práctica de la ya decidida política de «coexistencia pacífica» que la U. R. S. S. se disponía a proponer. Finalmente, la crisis de Formosa

---

<sup>26</sup> Con motivo del IX Congreso, se recibieron en Pekín telegramas de felicitación y adhesión de los puntos más insólitos del globo, cabe decir que del mundo entero. Aun concediendo una parte importante al efecto de propaganda que se perseguía mencionando tales mensajes, queda en pie el hecho de la existencia de partidos «maoístas» en numerosos países, en parte de los casos como consecuencia de una escisión del antiguo partido comunista de la línea soviética.

incrementó el deseo de China de poseer el arma nuclear, sin la cual no estaba en condiciones de adoptar decisiones políticas, como lo demostró el que tuviera que ordenar, en octubre de ese mismo año, un alto el fuego inevitable de momento que la recíproca disuasión soviético-norteamericana había surtido efectos, llegada la hora de prestar ayuda a los respectivos aliados. China envainó la espada y acalló su propaganda, pero sus dirigentes, a partir de entonces, se aprestaron a convertir a su país en potencia atómica por todos los medios y costara lo que costara<sup>27</sup>. El empeño no dejó de influir en la decisión soviética de retirar de China sus técnicos, incluidos y acaso preferentemente, sus especialistas atómicos, pues la U. R. S. S. estimó que, sin su ayuda, China no podría fabricar la bomba atómica o necesitaría para ello muchos años. Así pensó cortar de raíz el peligro de una China belicosa dotada del arma atómica.

En contra de lo que lógicamente era de esperar, falló el cálculo de la U. R. S. S., cuya clarividencia no se impone en lo que respecta a China. El 16 de octubre de 1964, coincidiendo con la caída del poder de Jruschev, en el polígono de Lop-Nor, en el Sinkiang, se produjo la primer explosión atómica china. El análisis de los residuos demostró que para su fabricación se había utilizado el uranio 235 y no el plutonio<sup>28</sup>, lo cual añadía un nuevo elemento de asombro a la notable sorpresa que causó la marca técnica de China. A partir de esa fecha, no se interrumpen en Lop-Nor las explosiones experimentales, luego los avances de la técnica china en la vía nuclear: 15 de mayo de 1965, segunda explosión de una bomba de uranio de la misma potencia que la anterior, pero probablemente arrojada desde un avión; 9 de mayo de 1966, se experimenta la primer bomba llamada «estimulante», cuya potencia se estimó en 200 kilotoneladas; el 28 de octubre de ese mismo año, nueva explosión de una bomba atómica, pero colocada en un cohete de 600 kilómetros de alcance; 27 de diciembre, segunda bomba «estimulante» de mayor potencia que la anterior, y, 27 de junio de 1967, una verdadera explosión termonuclear (tres capas de fisión-fusión-fisión). China ha cubierto la última etapa para acceder al armamento nuclear, ello en el plazo de dos años y ocho meses desde la primera explosión atómica. Para cubrir la misma etapa,

---

<sup>27</sup> El primer plan quinquenal chino (1953-57) preveía la investigación atómica con asistencia soviética, pero limitada a los usos pacíficos del átomo.

<sup>28</sup> Camille ROUGERON: *China, potencia nuclear*, en el núm. 77 de esta REVISTA, enero-febrero de 1965.

los Estados Unidos han necesitado siete años y cuatro meses; Francia, ocho años...<sup>29</sup>. Pero producir cargas nucleares no significa ser potencia nuclear: es preciso disponer de medios de distribución. Entre el «missil» de la explosión del 28 de octubre de 1966 y el de alcance medio intercontinental media un largo trecho. Según MacNamara, China no habría de estar en condiciones de dotarse de tales «missiles» hasta 1975. Las provisiones de MacNamara, posiblemente completadas por las de sus ordenadores, llevan camino de fallar: el pasado 23 de septiembre, China procedió a su primer prueba subterránea y el 29 a la prueba a la atmósfera de una bomba de hidrógeno. Es decir, que China ya puede llevar a cabo pruebas con un proyectil armado, o sea, con un «missil» de alcance medio. ¿Cuánto tardará en poner a punto un «missil» intercontinental habida cuenta de la velocidad con que recorre las etapas de su progreso atómico? Es un progreso que se compagina mal con el anhelo de paz de los pueblos aterrados por perspectivas de holocausto nuclear. China resuelve la contradicción alegando que se ha convertido en potencia nuclear con fines defensivos. Nada se puede oponer a este argumento que refuerza su posición política y militar frente a los Estados Unidos y la U. R. S. S. y ha hecho que cambie la relación de fuerzas en el ámbito internacional donde aparece como tercer potencia hostil a los dos grupos que detentan el poder mundial. Su argumentación se complementa con el argumento de que ha querido poner término al monopolio atómico que califica de «colusión soviético-norteamericana», traducción a fines propagandísticos de la incuestionable mutua disuasión que, en definitiva, ha permitido ir soslayando todo proyecto de conflicto generalizado provocado por los Grandes. Para rematar, insistiendo en el carácter defensivo de su potencia nuclear, China no cesa de argüir que nunca y en ninguna circunstancia atacará la primera, si bien replicaría de atacarla algún «maníaco belicoso», lo cual, de ser cierto, no dista de las razones aducidas por los soviéticos y los norteamericanos para justificar su creciente capacidad nuclear y desembocar en la disuasión.

Este enorme, casi inverosímil, esfuerzo de China para conquistar categoría de potencia nuclear, no la ha coartado para emprender paralelamente otras acciones de índole menos científica, aunque igualmente belicosa y, en 1959, China empieza a tantear la eventual capacidad defensiva de su fron-

---

<sup>29</sup> Camille ROUGERON: *El progreso de los armamentos chinos*, en el número 93 de esta REVISTA, septiembre-octubre de 1967.

tera con Cachemira. De hecho, más discretamente, pero de modo efectivo, los chinos ya habían empezado en 1955 a demostrar con sus intrusiones en territorio indio que daban por nula la demarcación fronteriza establecida en 1914 entre China y la India y conocida por la línea Mac-Mahon; ello, no obstante, el tratado chino-indio firmado en 1954 y basado en los Cinco Principios<sup>30</sup>. La situación de conflicto latente se convirtió en conflicto abierto en octubre de 1962. El ejército indio hubo de retroceder sensiblemente con relación a la línea Mac-Mahon. A mediados de noviembre, los chinos detuvieron la ofensiva, pero el alto el fuego decidido unilateralmente no implicó la retrocesión de los territorios ocupados a la India, a la que no dejó desamparada la U. R. S. S. en aquella prueba de fuerza, conforme a su política, inaugurada no hacía mucho y mantenida hasta ahora, de pesar en el platillo indio en busca de un equilibrio de la balanza asiática, demasiado inclinada hacia el lado chino. Aparentemente, China se daba por satisfecha al haber vuelto a lo que llama sus «fronteras tradicionales». Tales fronteras plantean un difícil problema de índole histórica. China se encarga de resolverlo con la ayuda de sus historiadores y de sus armas. No obstante, sobre esta base de «fronteras tradicionales», cuya imprecisión es manifiesta, el 27 de octubre de 1961, China había firmado con Nepal un tratado fronterizo, si bien poco después un golpe de Estado colocó en el poder a un grupo político decididamente vuelto de espaldas a la India y estrechamente unido a Pekín. En 1960, China había llegado a un acuerdo fronterizo con Birmania, donde, a falta de un golpe de Estado, se registra una guerrilla singularmente activa en las proximidades de la «frontera tradicional». Junto con estos tratados, ese mismo año, China firmó un tratado de amistad con un país no fronterizo, Cambodia, y, posteriormente, con Afganistán y Pakistán. Con este último, la frontera es ampliamente suficiente como para prestar eventual apoyo a este país en caso de nueva disputa con la India. Así, en su modalidad diplomática sonriente, China ha conseguido el doble objetivo de aislar a la India, de una parte, y, de otra, de amenazarla indirectamente. Es el lógico castigo que corresponde a un país que, como la India, se ha adscrito al imperialismo. A juicio de Pekín, otro país en circunstancias similares es

---

<sup>30</sup> Respeto mutuo de la integridad territorial y de la soberanía—no agresión—. No inmiscuirse en los asuntos internos de los demás—igualdad y utilidad recíproca—. Coexistencia pacífica. Vid. sobre el tema de las relaciones de China y la India *China desde tres ángulos*, de Gregorio BURCUEÑO ALVAREZ, Madrid, 1964.

Indonesia a partir de octubre de 1965, ello en razón del golpe de Estado del general Suharto que puso término al progresivo acercamiento de Sukarno a Pekín, con la simultánea infiltración comunista de inspiración china en el ejército, ello desde 1963. La tarea de colocar a Indonesia en la órbita de China incumbió al entonces jefe de la sección del Partido Comunista en Pekín, Peng Chen, considerado posible sucesor de Mao. ¿Apoyó demasiado el acelerador de las situaciones revolucionarias? ¿La inminencia de un triunfo del comunismo despertó las energías del sector no comunista del ejército indonesio? Aquella unidad de criterios entre China e Indonesia, de la que fue exponente la retirada de Indonesia de la O. N. U. para echar, de consuno con China, los cimientos de una especie de anti-O. N. U. asiática, desembocó en un acercamiento de Indonesia al Occidente, singularmente a los Estados Unidos, si bien ese país pregona su tendencia a la neutralidad, pero no desamparada. China explicó el cambio radical de orientación de su casi aliada Indonesia como el resultado de los manejos del imperialismo.

La denominación de «imperialista» se reservó en tiempos exclusivamente a los Estados Unidos. Más adelante, la U. R. S. S., a su vez, había de ser incluida entre los países imperialistas. En realidad, desde lo que cabe llamar la ruptura del frente soviético-chino de 1959-1960, originada tanto por motivos ideológicos y políticos como por la negativa soviética de seguir guiando a la «nación hermana» por el camino atómico, la U. R. S. S. ha sido puesta en condiciones de percatarse de los inconvenientes que entraña el ser considerada «imperialista». En efecto, en 1960 empezaron a producirse los primeros incidentes en su larga frontera con China, los cuales no se han interrumpido desde entonces hasta principios de octubre de este año. Los incidentes de la primavera de 1962, de cuya gravedad el mundo se enteró muy *a posteriori*, fueron originados por grupos nómadas que, como tales nómadas, no prestan especial atención a las más o menos arbitrarias delimitaciones de fronteras y, seguidamente, por chinos que intentaban huir a territorio soviético. En 1963 se produjeron otros choques armados en el Sinkiang, pero esta vez *Diario del Pueblo* y *Bandera Roja*, de Pekín, los dieron a conocer, rompiendo así el tácito silencio sobre estas escaramuzas<sup>31</sup>. Poco después, *Diario del Pueblo* vuelve sobre el tema y denuncia los «tratados desiguales» impuestos por los Zares, señalando que China se propone presentar las recla-

---

<sup>31</sup> El ministro de Asuntos Exteriores de China, Chen-yi, ha acusado a la U. R. S. S. de haber provocado unos 5.000 incidentes entre 1960 y 1965.

maciones pertinentes en el momento oportuno sobre parte de Siberia y del Extremo Oriente soviético de la orilla izquierda de los ríos Amur y Usuri, es decir, sobre regiones de positivo desarrollo industrial. Con todo, la protesta se hacía en tono menor, acaso para atraer solamente la atención de Moscú sobre puntos muy concretos de las divergencias entre los dos países. La táctica empleada dio resultados. En 1964 se celebraron en Pekín conversaciones entre delegados soviéticos y chinos sobre la cuestión de las fronteras. Fracasaron, porque tras largas deliberaciones las delegaciones sólo llegaron a acordarse en un punto: las delimitaciones fronterizas diferían sensiblemente según los mapas intercambiados<sup>32</sup>. Rotas las negociaciones, el ministro de Asuntos Exteriores Chen-yi denunció en 1966: «Los rusos han desplegado sus tropas a lo largo de la frontera chino-soviética y se han dedicado a hacer maniobras militares que presuponen que el enemigo es China». La protesta de Pekín subía de tono, pero sin que las agencias internacionales le concedieran demasiada importancia. Así se explica la sorpresa con que el mundo acogió la noticia del conflicto sangriento del pasado marzo en el Usuri y su reiteración en junio, días antes de que se reuniera la Comisión Mixta soviético-china para la navegación fluvial. Tanto mayor fue la sorpresa cuanto que ambos países dieron a conocer la noticia a voz en cuello y en términos de singular violencia. La escalada verbal hizo temer un choque armado de importancia. Las conversaciones del pasado 11 de septiembre en el aeródromo de Pekín entre Kosiguin y Chou En-lai y el acuerdo de celebrar negociaciones a nivel de viceministros de Asuntos Exteriores, causaron estupefacción. Y del pesimismo se ha pasado al optimismo. Es de desear que esta última postura sea la realista y que esas negociaciones permitan un acuerdo entre los hermanos enemigos. Pero incita a una expectante prudencia la postura adoptada por Pekín y ampliamente difundida. Esta es que China no exige la devolución de los territorios arrebatados por los Zares y que la U. R. S. S. se obstina en conservar. Lo que China reivindica son *los nuevos territorios que la U. R. S. S. ha ocupado violando las anteriores estipulaciones*<sup>33</sup>. La acusación contra el «imperialismo soviético» es de bulto. Por ello, aun cuando

<sup>32</sup> Radio Pekín, 9 de octubre de 1969.

<sup>33</sup> China afirma que mediante los tratados desiguales, más de 1.540.000 km<sup>2</sup> pasaron a poder de la Rusia zarista, Aun antes de originarse la tensión entre Moscú y Pekín; un periodista francés asegura que Mao le dijo: "Hace cerca de un siglo que el territorio al Este del lago Baikal se convirtió en territorio ruso. Desde entonces otros se han convertido en territorio soviético. Todavía no hemos pasado la cuenta..."

Pekín no mantuviera la posición señalada en el curso de las negociaciones, que se prosiguen en el momento de redactar este trabajo, a la vista de los antecedentes y de la afelpada marcha hacia un objetivo preciso, se puede dudar del éxito final de la conferencia de Pekín, sobre la que ha caído un discreto silencio desde su iniciación el 20 de octubre, ello tanto por parte de la U. R. S. S. como de China.

Esta, aunque moderando sus feroces ataques contra la U. R. S. S. no ha cesado, sin embargo, en una campaña ideológica que apunta a apoyar el policentrismo comunista en perjuicio de Moscú, si bien en la hondura de la disputa se impone que al mesianismo soviético se opone un mesianismo chino que pretende crear al «hombre nuevo» susceptible de salvar la revolución mundial comprometida por el «hombre viejo» del revisionismo... A los aspectos doctrinales de la enconada cuestión se suman los objetivos políticos que China persigue y llevan a plantearse una serie de interrogantes ante lo que puede calificarse de «fenómeno chino». De hecho, tales interrogantes quedarían aclarados de existir la posibilidad de contestar en forma tajante la pregunta de si el comunismo chino es la adopción profunda y radical, por el país más poblado del globo, de una ideología foránea, formulada en función del desarrollo histórico y las estructuras socio-económicas de Occidente, o bien si es para los dirigentes chinos, y en particular para Mao Tse-tung, un medio para que China antaño humillada por un Occidente que tenía proyección mundial logre suplantarle en el mundo.

Este enfoque del problema que plantea la República Popular de China en cuanto a sus intenciones y objetivos no se enfrenta con una trayectoria histórica de la que Toynbee señala que, a través de períodos de apogeo y de decadencia, se ha caracterizado por una expansión continuada que se inició en el siglo III antes de Jesucristo, ello fundamentalmente en razón de la capacidad de adaptación del pueblo chino, de su tenacidad y de su demografía explosiva. Actualmente, en razón de los progresos de la técnica y de las comunicaciones, nada queda circunscrito al área de un país, ni siquiera de un continente, de suerte que las ideas circulan libremente por doquier. Tal circunstancia permite dar dimensión mundial a la lucha de clases, pero en el plano de la lucha entre países pobres y países ricos. Esta palanca del marxismo-leninismo, cuya eficacia no ofrece lugar a dudas cuando en una nación se dan las condiciones requeridas, no sólo permite adueñarse del poder en una nación, sino que brinda dilatadas perspectivas de dominio político. Conocido el pragmatismo chino como uno de los rasgos caracterís-

ticos de ese pueblo incuestionablemente inteligente y animado por una recia voluntad, cabe preguntarse si Stalin no estaba en lo cierto cuando en 1944 le dijo al enviado de Roosevelt, Harriman: «Los comunistas chinos *no son verdaderamente comunistas*».

El caso es que el rumbo de la República Popular de China, en el transcurso de estos veinte años de su existencia, sugiere que ese país ha dado con una ideología que, debidamente adaptada mediante «el pensamiento Mao Tse-tung»<sup>34</sup>, pone a China en condiciones de reanudar, en las últimas décadas del siglo XX, el camino de su expansión o de la irradiación de su influencia, ora con las armas en la mano, ora predicando con el ejemplo, pero no ya a escala continental, como en tiempos, sino a escala mundial, aprovechando las tensiones originadas, tanto en los países ricos como en los países pobres, por los progresos técnicos y el desarrollo económico. Las circunstancias, en el más amplio sentido de la palabra, que pueden abarcar años y años, no son indiscutiblemente desfavorables para que China trate de afirmar en la mayor superficie del globo esa personalidad nacional que ha permanecido fiel a sí misma a través de los siglos y salvando los baches de decadencias seguidas de resurgimientos. En uno de sus escritos, Mao Tse-tung ha consignado este curioso comentario: «Si estudiamos el marxismo-leninismo, no es en razón de su agradable aspecto o por encerrar una receta mágica, un encantamiento que ahuyenta los demonios. No tiene un aspecto agradable. No encierra ningún encantamiento. Es sólo muy, muy útil». «Muy, muy útil», ¿para qué? ¿Para lograr estrictamente la prosperidad y la felicidad del pueblo chino establecido en la justicia social? ¿Para extender con altruismo tales beneficios a otros pueblos? ¿Para que la República Popular de China lo maneje como instrumento de poder susceptible de convertirla en centro del mundo, en sucesora del viejo, orgulloso y luego tan humillado Imperio del Centro, pero sin las limitaciones continentales de aquél?

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

---

<sup>34</sup> La propaganda china invita insistentemente a la lucha revolucionaria de los pueblos “armados con el pensamiento Mao Tse-tung” o siguiendo “la gran bandera roja del pensamiento Mao Tse-tung”. Sólo ocasionalmente menciona “el marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tse-tung”. En cuanto al “marxismo-leninismo” se reserva para oponerlo al revisionismo soviético.

